

ANGLICANOS Y CATOLICOS

EDUARDO ORTIZ

Hace aproximadamente un mes que la prensa anunció la presentación de un documento por el que se aceptaría al Papa como Patriarca de una iglesia aliada de anglicanos y católicos. Si esto se logra, constituirá la victoria más sonada de los esfuerzos ecuménicos post-conciliares.

Al margen de disputas doctrinales que absorbieron a Trento, pero que hoy sólo los expertos llegan a entender, una de las mayores dificultades para eliminar las barreras levantadas entre cristianos en el s. XVI ha sido la pretensión católica de haber permanecido siempre como la única iglesia verdadera.

Los demás, si querían volver al redil, tenían que recantar sus culpas y reconocer sus pasados errores, aceptando las condiciones que la santa madre iglesia juzgare necesario imponer... Pero esta actitud simplista va siendo eliminada. El Vaticano II ha reconocido parte de culpa en su pasado de división, ha admitido que las iglesias separadas tienen muchos elementos verdaderamente cristianos, y ha confesado que sus miembros pueden llegar a Dios y al evangelio a través de su fe. Declaración aparentemente obvia, pero que ha tardado cuatro siglos en llegar.

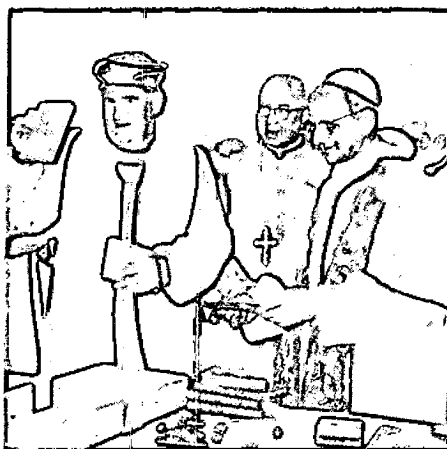
El paso más audaz en dirección contraria lo dieron los dos Primados anglicanos anteriores al actual, al peregrinar oficialmente a Roma en visita de reconciliación y entendimiento. Fisher lo hizo en tiempo de Juan XXIII; Ramsey con Pablo VI.

Todavía en los últimos años no han faltado medidas de una y otra parte que amenazan el entendimiento mutuo. En 1970 la iglesia católica canonizó a cuarenta mártires de Inglaterra y Gales muertos en las persecuciones de los ss. XVI y XVII; acto que para muchos fue un hurgar indiscreto en viejas heridas. Por otra parte el Vaticano ha declarado que la decisión anglicana de admitir mujeres al ministerio, problema que por el momento está sólo bajo discusión, pondría en peligro los esfuerzos de unión.

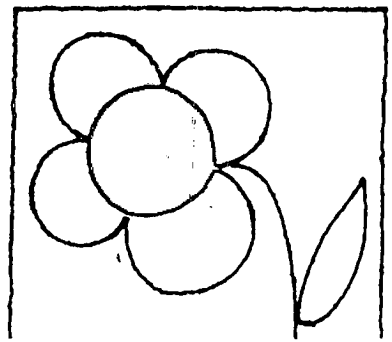
Habría que leer ahora las precisiones que contiene el documento recientemente anunciado. Pero ya hace años que se apuntaba la fórmula de unir a las dos iglesias bajo una misma cabeza pero manteniendo ritos diferentes. Algo parecido a lo que ocurre en otros países con los católicos orientales y occidentales. Esto permitiría seguir manteniendo las tradiciones anglicanas y haría más fácil el encuentro. Por otra parte, ni el protestante ni el ortodoxo han tenido normalmente dificultad en admitir la Primacía del Papa como Patriarca de Occidente y Obispo sucesor de la Sede de Pedro. Las dificultades surgen en cuanto al modo de ejercer dicha Primacía.

En todo caso, el documento de unión tendrá que pasar por muchos filtros y lentes antes de ser aprobado y entrar en

vigor. Hoy la oposición mayor no vendrá ni de la Jerarquía ni de los teólogos sino de la base. Ya la visita de Fisher y Ramsey a Roma fue acogida con protestas por parte anglicana. Varios católicos también aprobarán sumisos lo que venga del Vaticano, pero sentirán que el pasado de persecución, humillación y desprecio es imborrable, y les costará reencontrar una nueva identidad al haber perdido su cohesión de grupo minoritario "diferente". Por fin, otras iglesias protestantes inglesas más radicales procurarán poner trabas al proyecto. No olvidemos que, a pesar de la proverbial reserva y frialdad británicas, en el Reino Unido la pugnacidad religiosa se expresa en polémicas que van desde la tradicional oposición entre dos equipos de fútbol de Glasgow ("Celtic": católico; "Rangers": protestante), hasta la interminable pesadilla de las guerras del Norte de Irlanda.



El Dr. M. Ramsey en su visita a Paulo VI.



Pero más que razones teológicas son dificultades históricas las que nos separan. Ha habido entre nosotros demasiados malentendidos, difamaciones e incluso persecuciones sangrientas mutuas, para que la confianza renazca en un día.

Por nuestra parte, en el origen de la separación entre anglicanos y católicos hemos insistido en la picaresca ocasión que la motivó. El capricho incontinente de un monarca (Enrique VIII) que se quiere separar de Catalina de Aragón para unirse con Ana Bolena. Roma defiende el vínculo, y el Rey rompe con Roma. El hecho de que el rey tuviera seis mujeres, de las que mandó matar a dos, añade verosimilitud a nuestra versión de inocencia.

Sin embargo, el divorcio de Enrique VIII fue un simple pretexto aprovechado por las corrientes reformadoras que ya estaban surgiendo en todo el norte de Europa principalmente desde el tiempo de Lutero. El hombre de la reforma anglicana no fue Enrique VIII sino Thomas Cranmer. Y los vínculos que unen a sus miembros no se basan en los cuentos de alcoba de la Casa de los Tudor, sino en el Libro de Oración Común y los XXXIX Artículos.

Hoy la iglesia anglicana cuenta aproximadamente con sesenta millones de seguidores. Externamente abarca una extraordinaria gama de corrientes y tendencias contrapuestas. En muchos aspectos, determinados sectores se sienten más cerca de la tradición católica que de otros grupos de su propia iglesia. Así mismo, un católico preconciiliar se sentiría más en casa en un Servicio de Comunión de la iglesia "alta" anglicana que en la liturgia transformada de nuestra iglesia.

Acabadas las persecuciones uno de los momentos más tensos en las relaciones fue la negación, por parte del Papa León XIII (Bula "Apostolicae Curae", 1896), de la validez de las ordenaciones anglicanas. Pero ya hace tiempo que teólogos de ambas confesiones están urgendo al Vaticano para que reconsidere esta medida que ellos juzgan reformable (Ver p. ej. J. J. HUGHES: Estudios recientes sobre la validez de las ordenaciones anglicanas. En Concilium (1968) n. 31, pp. 140-151).